una lejana alabanza, formulada por un teólogo-poeta y cantor anónimo:

- Ave la que iluminas la mente de los fieles.
- Ave porque preparas a las almas Asilo seguro.
- Ave, confianza de los mortales para con Dios¹⁴².

He aquí como dos visuales convergentes de dos mariologías hermanas —Oriente y Occidente— que se funden felizmente en la certeza y fruición posesivas del mismo e idéntico «Misterio de María».

María en la acción sacramental y en la vida cristiana

Por A. Bandera, O.P.

Mi desarrollo del tema presupone un determinado modo de comprender la cooperación de María con Cristo en la obra salvífica. Según el plan de Dios, la Virgen estuvo y está asociada a Cristo en la totalidad de su misión redentora del mundo. «La presencia de la Virgen en la economía de Dios —dice Juan Pablo II— se extiende tanto como se extiende el misterio de la humanidad de Cristo, sacramento vivo de la unidad y de la salvación del género humano. Dondequiera que Cristo irradia su acción salvífica, allí está misteriosamente presente la Madre, que lo vistió de carne y lo dio al mundo»¹.

La razón de la «omnipresencia» salvífica de María no está en Ella misma, sino en Dios. Esto es lo verdaderamente importante, porque expresa la gratuidad y, a la vez, la necesidad de la intercesión de María en la salvación de los hombres; gratuidad respecto de Dios que no estaba sujeto a este modo de salvar al género humano, y necesidad respecto de los hombres, para los cuales la salvación sólo es posible mediante la aceptación del plan de Dios, cualquiera que éste sea.

I.—UNA RAPIDA MIRADA A LA HISTORIA

Desde hace muchos siglos se viene afirmando genéricamente, aunque con fórmulas diversas y en contextos diferentes, que María ejerce una mediación universal. Pero luego, a la hora de precisar esta universalidad, frecuentemente se introducen cortes importantes, que la dejan medio vacía. En concreto se excluye de la acción mariana el funcionamiento y la eficacia de todo el organismo sacramental. Se alega como razón que los sacramentos son acciones de Cristo, lo cual implica que tienen eficacia *ex opere operato* o por sí mismos y que, en consecuencia, no admiten ni siquiera la posibilidad de una intervención mariana.

Que los sacramentos son eficaces *ex opere operato* está definido por la Iglesia desde hace siglos, con una definición que, como las otras, no crea el contenido de la fe, sino que simplemente lo esclarece. Es decir, la eficacia *ex opere operato* de los sacramentos no hace más que traducir en una fórmula precisa la enseñanza que sobre ellos nos ofrece el Nuevo Testamento. Pero cabe preguntarse si la

¹ Juan Pablo II, 'Alocución del 8-IV-1984 a la hora del *Angelus*', n. 2 *Documentos Palabra* 106, p. 133. En adelante esta colección será citada con la sigla DP.

peculiar eficacia de los sacramentos excluye efectivamente la intervención directa de María en el ámbito de la vida sacramental.

Históricamente la universalidad de la mediación mariana ha sufrido otros cortes desde perspectivas diversas que no es necesario especificar.

En el fondo de todas las posturas minimistas o reductivas está el temor de que, exaltando a la Virgen, se pone en peligro el supremo primado de Cristo. Pero creo que se trata de un temor infundado, porque la intervención de María, cualquiera que sea el alcance que se le de, es siempre dádiva gratuita y no brota nunca de un poder o virtud que la Virgen posea por sí misma; es decir, la intervención salvífica de María se funda en un título esencialmente subordinado e incomparablemente inferior al de Cristo.

II.—LA ACTITUD DEL MAGISTERIO ACTUAL

El reciente Magisterio de la Iglesia ha dado un auténtico vuelco al planteamiento del problema. Frente a los antiguos temores de que el primado de Cristo quedase ensombrecido a causa de la exaltación de María, hoy el Magisterio repite insistentemente la afirmación de que a Cristo no podemos comprenderlo íntegramente en su función de redentor, si prescindimos de la presencia de María; es decir, María, lejos de obstaculizar la comprensión de Cristo, la facilita y la asegura, porque, cuando se prescinde de María, se pierden irremediablemente de vista partes importantes del misterio de Cristo mismo y se incurre en reduccionismo cristológico.

La postura del Magisterio reciente en el tema de la cooperación de María con Cristo está calcada en la de los primeros siglos. Entonces se repitió de todas las formas posibles que la maternidad divina de María no sólo no es una desmedida exaltación de María, sino que, por el contrario, constituye el mejor presupuesto para comprender el misterio de Cristo, tanto en la unidad de su persona como en la dualidad de sus naturalezas. El título *Theotokos* fue criterio seguro de ortodoxia frente a los contrapuestos errores de Nestorio y de Eutiques. Pues bien, el reciente Magisterio piensa, sin decirlo de modo explícito, que la Virgen puede y debe prestar hoy, en orden a esclarecer el misterio de la redención un servicio análogo al que prestó en siglos pasados en orden a comprender y formular exactamente el misterio de la constitución de Cristo. El paso es lógico, porque lo que Cristo *hizo* —la obra de la redención— estuvo, está y estará siempre en dependencia de lo que Cristo *es*, y la iluminación sobre el *ser* no puede menos de prolongarse hacia el *obrar*.

III.—DOS FORMAS DE REDUCCIONISMO EN LA CRISTOLOGIA DE LA REDENCION

En el tema de la redención la mayoría de las cristologías recientes presentan dos importantes lagunas. Un cierto número reduce la redención a misterio pascual y este misterio es presentado de manera que la Virgen no aparece nunca. Mucho más frecuente es recordar la redención, excluyendo o, al menos, no teniendo en cuenta la infancia y la vida oculta de Cristo; quienes son más benévolos con los «evangelios de la infancia» conceden que en ellos se insinúa la misión redentora de Cristo y el tipo de redención que traerá; pero no incluyen la infancia misma en el contenido de la redención. Según esto, la redención está toda en el ministerio que Jesús realiza después de haberse «independizado» de la Virgen y no contiene referencia alguna a la Virgen. En ambos casos, lo más grave no es que se prescinda de la Virgen para explicar la redención, sino que, por prescindir de Ella, se recorta el misterio de la obra de Cristo y se da de este misterio una visión mutilada.

Según toda la tradición patristica y teológica, los sacramentos son los medios principales de los que Dios se sirve para otorgar a los hombres los dones de la redención. Si la Virgen no tuvo participación en la obra de la redención, tampoco puede intervenir ahora en la acción sacramental. La cosa es evidente. Pero el problema está en el punto de partida, es decir, en el presupuesto de que la Virgen no tuvo intervención alguna en la obra original de la redención.

IV.—AMBOS REDUCCIONISMOS SUPERADOS POR EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

El Magisterio de la Iglesia da un concepto mucho más rico de redención. Ciertamente, en la obra de la redención el misterio pascual tiene una indiscutible primacía como supremo punto de referencia de todo lo que Cristo hizo para salvarnos. Pero, ¿está excluida María del misterio pascual? Comúnmente se da por supuesto que sí, pero Juan Pablo II piensa de modo distinto.

Aquí me limitaré a dar una información elemental sobre su pensamiento, porque el tema será desarrollado en la ponencia siguiente. El documento más importante me parece la encíclica *Dives in misericordia*, la cual tiene la originalidad de situar el tema de la cooperación salvífica de la Virgen (n. 9) dentro de la sección que lleva por título *el misterio pascual*. Según esto, no se puede dar una idea completa del misterio pascual si se prescinde de la Virgen.

El pensamiento de Juan Pablo II se completa con algún otro dato adicional, para cuya comprensión conviene precisar un poco más qué se entiende por misterio pascual. A veces se dice o se pre-

supone un tanto superficialmente que misterio pascual es sólo la resurrección. Pero el Concilio Vaticano II, en coherencia con el Nuevo Testamento, incluye en la noción de *pascua* también la pasión y muerte, por las que Cristo pasa de este mundo al Padre², o sea, su sacrificio redentor. Pues bien, una parte de este sacrificio es que Cristo asoció a él la «compasión» de su Madre. «Ella, la Madre —dice Juan Pablo II— participaba como Madre en el sacrificio del Hijo, el sacrificio de nuestra redención. Participaba en él maternalmente. Y Cristo asoció esta participación materna a su propio sacrificio redentor»³. Corrientemente la «compasión» de la Virgen es presentada como movimiento que parte de Ella misma hacia Cristo. Juan Pablo II presupone esto, porque indudablemente fue muy real; pero añade una perspectiva nueva y más profunda, diciendo que Cristo mismo la sumió, la hizo suya, y la insertó en su propio sacrificio, del que forma parte inseparable, hasta el punto de que quien prescindiera de la «compasión» de la Madre mutila irremediabilmente el sacrificio del Hijo.

De aquí se sigue ulteriormente que «para el cristiano es imposible gustar el sentido de la Pascua prescindiendo del modo como la vivió María»⁴. La compasión-asunción de María son un elemento clave de la vida cristiana, primero para captar y comprender el contenido pleno del misterio pascual de Cristo, y luego para expresarlo en la existencia de cada día, tanto por parte del cristiano individualmente considerado como de la entera comunidad eclesial⁵.

El Magisterio de la Iglesia supera también el otro reduccionismo de la teología, considerando como redentiva la totalidad de la vida de Cristo, desde el momento mismo de la encarnación hasta el fin, es decir, incluyendo en la redención una serie de misterios que son impensables sin la presencia activa de María. También sobre esto me limitaré a unas breves indicaciones. Juan Pablo II, para justificar la duración que señaló al Jubileo Extraordinario de la Redención, razona del modo siguiente: «El Jubileo comenzará el día 25 del próximo mes de marzo, solemnidad de la Anunciación del Señor, que recuerda el momento providencial en que el Verbo eterno, haciéndose hombre por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María, participó de nuestra carne, para destruir por la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y liberar a aquellos

² Bastará ver como se expresa el Vaticano II en SC 5b y 6.

³ Juan Pablo II, 'Alocución del 19-VI-1983 en Czestochowa al coronar cuatro imágenes de la Virgen', n. 3b DP 185, p. 209; cf. 'Alocución del 15-I-1984 a la hora del *Angelus*', n. 2c DP 13, p. 13; Carta Ap. *Salvifici doloris* (11-II-1984) n. 25-25. DP 39, pp. 45-46.

⁴ 'Alocución del 17-IV-1983 a la hora del *Regina Coeli*', n. 2 DP, 113, p. 133.

⁵ El primer gran texto mariano del Vaticano II dice que en María, «como en imagen limpiísima, la Iglesia contempla gozosamente lo que ella misma, toda entera, ansia y espera ser» (SC 103). El tema es desarrollado después ampliamente en LG 65.

que por temor a la muerte estaban toda la vida sujetos a servidumbre (Hb 2, 14). Concluirá el 22 de abril de 1984, Domingo de Pascua, día de la plenitud de la alegría procurada por el sacrificio redentor de Cristo, gracias al cual la Iglesia renace y se alimenta incesantemente de modo maravilloso»⁶. Mediante el calendario del Jubileo, Juan Pablo II expresa una verdad teológica fundamental: la redención comienza en la encarnación y culmina en la resurrección, es decir, ambos misterios, con todos los intermedios, pertenecen al contenido de la obra redentiva de Cristo.

Juan Pablo II explicita más su pensamiento el día mismo de inaugurar el Jubileo. «Con la anunciación —dice— dio comienzo la redención del mundo por el Emmanuel, Dios con nosotros, ese Cristo que, en la carta a los Hebreos, habla al Padre, diciendo: «Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo... (Hb 10, 5-7). Así dice Cristo, Verbo eterno del Padre, Hijo predilecto suyo. En estas palabras está el comienzo de la redención del mundo y todo su plan hasta el final. La redención del mundo está vinculada al cuerpo recibido de María y ofrecido en el sacrificio de la cruz, convertido después en el cuerpo de la resurrección: el primogénito de los muertos (Ap 1, 5). Y por esto, desde su comienzo mismo, la redención del mundo está vinculada a una palabra que evoca la admirable obediencia de Cristo en la santa obediencia de la Virgen de Nazaret. Precisamente a ella se dirige el anuncio de Gabriel. Precisamente Ella escucha la respuesta decisiva del ángel a la pregunta principal: El Espíritu Santo vendrá sobre tí... (Lc 1, 35). Y precisamente Ella, María de Nazaret acepta esta respuesta, y acoge en su seno y en su corazón al Hijo de Dios como Hijo del Hombre. En Ella el Verbo se hizo carne después de haber pronunciado su palabra de obediencia en sintonía con Cristo⁷. Concluyo con un testimonio muy breve, pero, a la vez, sumamente denso, que dice así: «Por su obediencia a la palabra del ángel, María ha entrado en el centro del plan divino de salvación»⁸.

En resumen, la redención es obra del Verbo en cuanto encarnado o en cuanto nacido de mujer (Gal 4, 4). San Juan insiste mucho en conectar la redención con el misterio de la filiación de Cristo. Cristo nos salva *por ser Hijo* y el fruto de su obra se manifiesta en que, gracias a El, nosotros somos transformados en hijos.

Pero cuando se habla de estos temas se incurre también en un reduccionismo que es preciso superar. Se presupone que la filiación, tanto la de Cristo como la nuestra, se explica suficientemente por sola referencia al Padre. Y esto no es exacto. Cristo nos redime en cuanto Hijo del Padre y en cuanto Hijo de la Madre. Es cierto que la Sagrada Escritura habla más de la primera filiación que de la se-

⁶ Bula, *Aperite portas Redemptori* (6-I-1983) n. 2c. DP 12, p. 13.

⁷ Homilía del 25-III-1983, n. 4, DP 92, p. 113.

⁸ Homilía del 13-IX-1983 en Mariazell, Austria, n. 5a, DP 255, p. 290.

gunda, porque es la primordial. Pero nosotros nunca estaremos autorizados para convertir lo primordial en lo único o exclusivo. La breve sentencia de Gal 4, 4, tiene un valor decisivo, sobre todo leída a la luz de pasajes posteriores como son los «evangelios de la infancia» y Jn 1, 14; este último pasaje no menciona a la Virgen, pero San Juan sabía muy bien de qué modo y por qué vía «el Verbo se hizo carne». Todos estos pasajes coinciden en presentar la redención como obra del Verbo en cuanto determinadamente encarnado o nacido de mujer. La referencia a la mujer —a María— inserta en el hecho de la encarnación, informa toda la vida terrena de Cristo y todos los misterios que se derivan de aquel hecho original. El concepto de *enviado* es esencial para comprender la persona y la obra de Cristo. Ahora bien, el Padre envía al Hijo de un modo concreto, es decir, haciéndole nacer de mujer. Por eso, si se corta la referencia a la mujer, cualquiera que sea el momento en que se sitúe el corte, se deforma irremediabilmente el misterio de Cristo mismo.

La anunciación a María «es otro nombre de la encarnación. La Iglesia ha ido tomando lentamente conciencia del misterio mariano. Lejos de haber añadido, por propia iniciativa, cosa alguna a lo que nos enseña la Sagrada Escritura, la Iglesia ha encontrado siempre a la Virgen María en todas las ocasiones en que trataba de descubrir a Cristo. La cristología es también una mariología (...). Cabría preguntarse si el debilitamiento de la devoción a la Virgen no oculta muchas veces un titubeo en la afirmación franca del misterio mismo de Cristo y de la encarnación»⁹.

Con esta comprensión de la redención queda expedito el camino para explicar la acción de María en los sacramentos. Cuando se afirma que los sacramentos están vinculados globalmente con la redención o más particularmente con el misterio pascual, ni aquella redención ni este misterio pueden ser desligados de la presencia y de la colaboración de María, porque «la palabra acogida y vivida en obediencia total al Padre constituye a la Virgen en generosa colaboradora de Cristo salvador. Su sacrificio unido al de Cristo trae luz y salvación a las gentes»¹⁰.

V.—LA ACCION DE LA VIRGEN Y LOS SACRAMENTOS EN GENERAL

Juan Pablo II tiene a este respecto un documento singularmente importante. En una de sus alocuciones dominicales desarrolla el tema de la presencia de la Virgen en la liturgia. Inicia el razonamiento considerando la acción litúrgica como principio de comunión, cuyos

⁹ S. Congr. para la Educación Cat., Carta circular del 6-I-1980 sobre algunos aspectos más urgentes de la formación espiritual en los seminarios, n. 4.

¹⁰ 'Alocución del 15-I-1984 a la hora del *Angelus*', n. 2c, DP 13, p. 13.

puntos de referencia son especificados del modo siguiente: «Comunión con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo (...). Comunión de la Jerusalén celestial con la Iglesia todavía peregrina por los caminos del mundo; en la celebración de los santos misterios cielo y tierra se unen (...). Comunión entre nosotros que en la liturgia profesamos la misma fe, participamos de la misma esperanza, somos animados por el mismo amor».

Después de la presentación global del tema, viene la aplicación a la Virgen. La liturgia —dice Juan Pablo II— es «también, y de modo especial, comunión con la Madre, la humilde y gloriosa María. ¿Por qué? Porque la liturgia es acción de Cristo y de la Iglesia. Acción de Cristo, porque El es el único, el verdadero, el sumo sacerdote (Hb 8, 1): oculto bajo el velo de los signos sagrados ofrece el sacrificio, bautiza y perdona los pecados, impone las manos sobre los enfermos, anuncia la buena nueva, alaba y glorifica al Padre, suplica e intercede por los hombres. Acción de la Iglesia, porque en esta obra tan grande, por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima esposa la Iglesia (...). Ahora bien, la Santísima Virgen tiene una gran intimidad, tanto con Cristo como con la Iglesia; es inseparable de uno y otra. Está unida, pues, a ellos en lo que constituye la esencia misma de la liturgia, o sea, en la celebración sacramental de la salvación para gloria de Dios y santificación del hombre».

¿Cuál es el fundamento de esta presencia mariana en la liturgia? Juan Pablo II responde brevemente diciendo: «María está presente en el memorial —en la acción litúrgica— porque estuvo presente en el acontecimiento salvífico». He aquí el dato clave. La Virgen está presente en las acciones litúrgicas, porque con anterioridad lo estuvo en el acontecimiento de donde tales acciones reciben su eficacia, es decir, en la obra de redención realizada por Cristo. Lo cual parece presuponer que, si se niega la participación de la Virgen en la obra misma de la redención, no habría posibilidad de explicar su influjo en las acciones litúrgicas y particularmente en los sacramentos.

Jun Pablo II, después de haber afirmado el principio o indicado el fundamento de la intervención de María en las acciones litúrgicas, hace aplicaciones concretas. María —dice— «está en toda fuente bautismal donde nacen a la vida divina en la fe y en el Espíritu los miembros del cuerpo místico, porque con la fe y con la fuerza del Espíritu concibió a su cabeza divina, Cristo, está en todo altar, donde se celebra el memorial de la pasión-resurrección, porque estuvo presente, adhiriéndose con todo su ser al designio del Padre, al hecho histórico-salvífico de la muerte de Cristo; está en todo cenáculo, donde con la imposición de manos y la santa unción se da el Espíritu a los fieles, porque con Pedro y los otros Apóstoles, con la Iglesia naciente, estuvo presente en la efusión pentecostal del Espíritu». Por fin, el Papa recapitula toda la exposición, diciendo: «Cristo, sumo

sacerdote; la Iglesia, comunidad de culto. Con uno y otra María está incesantemente unida, en el acontecimiento salvífico y en su memoria litúrgica»¹¹.

La participación en el acontecimiento salvífico original la une con Cristo; la participación en su renovación litúrgica, sobre todo por medio de los sacramentos, la une con la Iglesia. Pero, supuesta la unión de María con Cristo en el origen mismo de la salvación, su presencia y su influjo no sólo alcanza a los sacramentos, sino que se extiende también a la totalidad de la vida cristiana.

Después de esta idea general sobre la presencia y la acción de la Virgen en los sacramentos, es necesario añadir algo acerca del influjo que ejerce a través de algunos sacramentos en particular. Juan Pablo II, en el texto transcrito, menciona expresamente dos sacramentos, bautismo y eucaristía, y alude a un tercero que parece ser la confirmación. El influjo mariano en los sacramentos no puede ser pensado como una especie de «sector» aparte o como un «quiste» incrustado en el sacramento, sino como un elemento cualificador de todo el proceso sacramental.

Ya Pablo VI dijo que el culto cristiano, el que tiene su origen y su centro en Cristo, lleva inserta intrínsecamente una cualificación mariana, de tal manera que las legítimas expresiones de piedad mariana, «se desarrollan en armónica subordinación al culto de Cristo y gravitan en torno a El como su natural y necesario punto de referencia. La reflexión de la Iglesia contemporánea sobre el misterio de Cristo y sobre su propia naturaleza la ha conducido a encontrar como raíz del primero y como coronación de la segunda la misma figura de mujer, a saber, la Virgen María en cuanto Madre de Cristo y Madre de la Iglesia»¹².

La Virgen está indisolublemente unida a Cristo, de modo que todo progreso en el conocimiento de Cristo y de su obra redunda conaturalmente en un análogo progreso respecto del puesto que María ocupa y de las funciones que ejerce en el interior del plan de salvación. Por lo cual, como ya se dijo antes, cualquier intento de prescindir de María arrastra consigo por fuerza algún corte en el misterio de Cristo.

VI.—LA ACCION MARIANA EN EL BAUTISMO

Lo propio del bautismo es reengendrarnos o producir en nosotros una generación sobrenatural que nos transforma en hijos. El Nuevo Testamento ilumina el misterio de nuestra filiación adoptiva y el del bautismo que nos la confiere desde una perspectiva trinitaria. Te-

¹¹ 'Alocución del 12-II-1984 a la hora del *Angeius*', DP 41, p. 50.

¹² Pablo VI, *Marialis cultus*, proemio.

nemos, en primer lugar el gran pasaje de Mt 28, 19 sobre el bautismo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Esta fórmula que menciona por igual a las divinas personas debe ser integrada en el interior de los grandes textos sobre el plan de salvación, por ejemplo, Ef 1, 3-14 donde se especifica la función de cada una de ellas para realizarlo. Es el Padre quien nos elige en Cristo para ser hijos en el Hijo mediante la efusión del Espíritu Santo. El bautismo no se sitúa al margen de esta elección, sino que más bien es el medio escogido por Dios para llevarla a efecto. En el bautismo repercuten las relaciones intratrinitarias y el orden que ellas determinan entre las personas divinas.

En el mismo encuadramiento trinitario nos es presentada la persona de la Virgen. Baste pensar en Gal 4, 4-7, el primer texto mariano del Nuevo Testamento. El plan de salvación decretado por el Padre es cumplido por el Hijo en cuanto nacido de mujer, el cual nos envía el Espíritu Santo para que junto con El y por El podamos llamar a Dios *Abbá*: Padre. La idea que San Pablo expresa aquí de modo tan comprimido es desarrollada ampliamente por San Lucas en el capítulo primero de su evangelio, supuesto que se acepte su contenido teológico y no se pretenda reducir este trascendental texto a los resultados minimistas de diversos sistemas exegéticos que parecen tener gusto en «pulverizarlo». Cuando San Lucas escribió, estaba perfectamente esclarecida la fe de la Iglesia en que el Padre envió a su Hijo para ser concebido de María virgen por obra del Espíritu Santo y para realizar, mediante la humanidad asumida, la obra de salvación del mundo. La persona y la función de la Virgen se sitúa en el interior del designio del Padre como medio por El escogido para ejecutarlo.

Ahora bien, si el bautismo y la Virgen se hallan comprendidos dentro de un mismo y único plan de salvación, no sólo no pueden oponerse, sino que han de estar relacionados entre sí de acuerdo con un orden de jerarquía o de principalidad. Este orden es el que ahora debe ser esclarecido.

1. HIJOS EN EL HIJO

La Sagrada Escritura, sin usar nunca expresamente esta fórmula, propone su contenido muy a menudo. Pero ¿qué significa ser *hijos en el Hijo*? Antes de responder, lo primero que se necesita es precisar en qué consiste para Jesús ser *Hijo*. Comúnmente, cuando se habla de estos temas, sólo se toma en consideración la relación de Jesús con el Padre, o sea, su filiación divina. Pero evidentemente Jesús se define como Hijo no sólo por orden al Padre, sino también por orden a la Madre.

Si el bautismo nos hace hijos en el Hijo, la filiación que nos imprime *no puede ser pensada prescindiendo de la Virgen*. Hablando de la Iglesia en general, es decir de la universal familia de los hijos

de Dios, dijo Pablo VI que «su esencia íntima (...) hay que buscarla en su mística unión con Cristo, unión que *no puede ser pensada separadamente de Aquella que es la Madre del Verbo encarnado y que Cristo quiso tan íntimamente unida a sí mismo para nuestra salvación*»¹³. El bautismo nos inserta en esta Iglesia, «de la cual no se puede hablar si no está presente María»¹⁴. Todo confluye ahora hacia un mismo fin, a saber, que sin referencia a la Virgen no podemos formarnos una idea exacta del bautismo.

En efecto, el bautismo imprime en nosotros una imagen de Cristo en cuanto que El es el Hijo de Dios desde la eternidad y en cuanto es Hijo de María desde el momento de la encarnación. De modo más unitario, a la vez que más exacto y más profundo, se debe decir que el bautismo nos hace participar en la generación eterna de Cristo, tal como El mismo quiso adaptarla a nuestra condición humana, naciendo de la Virgen. Creo que no se entenderá nunca el bautismo en toda su profundidad, supuestas siempre las limitaciones humanas, si se cae en la tentación de separarlo de aquel misterio por el cual el Hijo de Dios quiso hacerse Hijo de María y nacer de la Ella. Es decir, el bautismo nos obliga a tomar totalmente en serio la humanidad de Cristo y los misterios que en ella se realizaron, empezando por el de la concepción y nacimiento *ex Maria Virgine*.

La relación que por el bautismo se instaura entre los bautizados y la Virgen, guarda analogía, aunque ciertamente lejana, con la relación que Cristo establece con su Madre por el hecho mismo de nacer de Ella. De este modo la fraternidad que el bautismo nos confiere con Cristo es completa. Jesús —dice Juan Pablo II— «ha hecho con su muerte y resurrección que su Padre sea nuestro Padre. Y para que nuestra fraternidad con El fuese completa quiso ulteriormente que su Madre Santísima fuera nuestra Madre espiritual»¹⁵. En las palabras del Papa no se menciona el bautismo. Pero es evidente que así como este sacramento nos transmite la fraternidad con Cristo fundada en tener un mismo Padre, así ha de transmitirnos también la fundada en tener una misma Madre. Lo importante es grabar bien la convicción de que el bautismo nos hace participar en el misterio por el cual Cristo nació de la Virgen y que, en consecuencia, nos relaciona con la Virgen como con Madre nuestra.

La filiación de Cristo, tanto respecto del Padre como respecto de la Madre, tiene razón de principio de todos los bienes que nos son comunicados por el bautismo. Lo cual significa que no es la Virgen quien depende del bautismo, sino que, a la inversa, el bautismo y el cúmulo de bienes por él transmitidos dependen de la persona y del ministerio de la Virgen. El nacimiento bautismal de los fieles depende

¹³ Pablo VI, 'Alocución del 21-XI-1964 en la promulgación de la Constitución *Lumen gentium*'.

¹⁴ Pablo VI, *Marialis cultus*, n. 28.

¹⁵ 'Alocución del 6-XI-1982 en Zaragoza', n. 4.

del nacimiento humano de Cristo y, por consiguiente, de la Virgen que está en el principio de este nacimiento¹⁶. Y volvemos siempre a la misma idea. El bautismo nos hace nacer y nos destina a crecer en Cristo *en cuanto que El nació de la Virgen*. Por lo cual el Concilio Vaticano II pone la eficacia del bautismo en dependencia de la ejemplaridad maternal de María¹⁷.

Se presupone, evidentemente, que el influjo de la Virgen en el bautismo es siempre subordinado, gratuito y no necesario, porque Dios podría haber dispuesto las cosas de otro modo. Pero, reconociendo todo esto, que va incluido en la condición meramente creatural de María, es preciso aceptar también otra cosa tan elemental como poco tomada en consideración, a saber, que hay una diferencia de abismo entre poseer un don o ejercer un ministerio *por pura gracia* y no poseerlo o no ejercerlo. No es raro ver que los dones de la Virgen son minimizados, alegando que son dones gratuitos y que la persona misma de la Virgen no es necesaria para la realización del designio divino. Pero por este camino se podría llegar a conclusiones desastrosas, porque es evidente que la encarnación misma del Verbo no era necesaria para salvar al mundo, pues Dios podía haberlo salvado de mil otros modos. Lo verdaderamente importante y lo único constructivo es acoger el plan de Dios tal como El lo diseñó, y no perderse en la tarea demoleadora de contraponer unos elementos a otros, para quedarse después con lo que a cada uno le guste.

2. UNA FAMILIA DE HIJOS

El bautismo nos engendra a la vida sobrenatural, es decir, a una vida que ninguno de nosotros puede vivir solitariamente, en aislamiento de los demás, sino que reclama la formación de una familia y la convivencia familiar, o, más exactamente, produce esa familia y esa convivencia. El bautismo regenera la persona, purificándola del pecado y santificándola con la gracia, y simultáneamente la inserta en la gran familia de los hijos de Dios, que es la Iglesia. La Iglesia no se reduce a mera suma de individualidades; es una familia cuyos miembros están obligados a amarse y a prestarse ayuda en el camino de la santidad, por orden a la cual se define la vocación de todos. Hablando con rigor, creo que se debería decir que en el bautismo nace la Iglesia. Y se trata de una idea importante, porque, en este supuesto, es evidente que ningún cristiano individual puede expresar todo el contenido del bautismo y que, por consiguiente, el conocimiento del bautismo en plenitud sólo es posible a través de la contemplación de la Iglesia universal.

La Sagrada Escritura, cuando habla de la vida cristiana, está llena de conceptos familiares. Dios es nuestro Padre, como se dice

¹⁶ Cf. LG 65.

¹⁷ Cf. LG 64.

infinidad de veces. Cristo quiso hacerse «el primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8, 29). Todos nosotros somos hermanos en Cristo y constituimos la familia de Dios en este mundo (cf. Mt 23, 8).

En conformidad con estas ideas bíblicas, el Concilio Vaticano II presenta repetidas veces la Iglesia no sólo como pueblo de Dios, sino también como familia, una familia llamada a crecer y desarrollarse internamente hasta la santidad personal o identificación con Cristo en cada bautizado, y externamente hasta alcanzar las dimensiones de la humanidad¹⁸.

El cúmulo de bienes incluidos en los conceptos familiares que acabo de mencionar se nos comunica por el bautismo. Efectivamente, este sacramento produce en todos nosotros una misma regeneración, es decir, nos hace entrar en relación con el mismo Padre y, por tanto, nos transforma en hermanos. Pero el bautismo que nos relaciona a todos comunitariamente con un mismo Padre nos relaciona también a todos comunitariamente con una misma Madre. Lo cual quiere decir que este sacramento es el medio primordial o inicial, a través del cual la Virgen ejerce su maternidad sobre la entera comunidad cristiana o sobre la Iglesia. El Concilio Vaticano II enseña expresamente que la Virgen «coopera con amor materno a la generación de los fieles»¹⁹. Y añadido por mi cuenta que esta generación comienza a ejercerse por medio del bautismo, con el que se inicia la vida cristiana de cada fiel individual y de la entera comunidad de la Iglesia. Pablo VI proclamó a María Madre de la Iglesia. Es una maternidad que está vinculada estrechamente con el bautismo.

3. GENERACION BAPTISMAL Y GENERACION MARIANA

El bautismo nos engendra a la vida de la gracia. La Virgen nos engendra a la misma vida. Nos encontramos, pues, con generación baptismal y con generación mariana. Sería un error entender estas dos generaciones, como si se tratase de realidades distintas, es decir, como si los cristianos hubiésemos de nacer a la vida de la gracia dos veces distintas y por los dos procedimientos distintos. Es evidente que un tal dualismo no puede ser aceptado, porque se opone a los datos más elementales.

Por consiguiente, hay que coordinar generación baptismal y generación mariana, mostrando que se trata de una sola generación que nos hace nacer a la única vida cristiana, aunque presentadas, tanto la generación como la vida que de ella brota, bajo dos perspectivas distintas. Pero precisamente por ser perspectivas distintas de una misma realidad, es necesario integrarlas en una visión unitaria.

¹⁸ Cf. LG 6d; GS 40b.

¹⁹ LG 63.

Para lograr este objetivo, es preciso desentrañar el contenido de la índole familiar de la vida cristiana. Considerando la cuestión de manera teórica, es evidente que la índole familiar de la vida cristiana podría explicarse con sólo recurrir a la suprema y trascendente paternidad de Dios. Porque en ella está contenido cuanto pueda aportar una maternidad humana, cualquiera que sea, incluida la de la Virgen. Pero en la vida cristiana el recurso a la sola «teoría» es una peligrosa tentación. Efectivamente, en teoría nuestra filiación adoptiva y la índole familiar de la vida cristiana se podrían explicar también sin bautismo e incluso sin la encarnación, pasión, muerte y resurrección del Hijo de Dios. Ni el bautismo ni los misterios de Jesucristo añaden nada a la paternidad que compete a Dios por razón de la perfección infinita de su naturaleza divina. Pero este modo de razonar debe ser desechado, puesto que lleva directamente a negar o a dejar en el olvido de los hechos reales y los elementos esenciales de la redención y de la vida cristiana a través de los que Dios ha querido mostrarnos su paternidad e incorporarnos efectivamente a su familia. La paternidad de Dios se hace efectiva por virtud de los misterios de Jesucristo que se nos aplican mediante el bautismo. Sólo en esta visión unitaria e integradora se puede lograr una idea exacta del plan de Dios.

Por consiguiente, el hecho de que la presencia de la Virgen no sea «teóricamente» necesaria para explicar la índole familiar de la vida cristiana, no puede ser tenido en cuenta para un razonamiento sereno, completo y exacto. Lo que de verdad interesa es contemplar con criterio positivo y ajustado a los hechos reales el modo como la Virgen contribuye a que nosotros descubramos el contenido familiar del cristianismo o la índole familiar de esta comunidad que se llama Iglesia. «La maternidad de María —dice Juan Pablo II— no es sólo individual. Tiene un valor colectivo [familiar] que se muestra en el título Madre de la Iglesia. Efectivamente en el calvario Ella se unió al sacrificio del Hijo que tendía a la formación de la Iglesia; su corazón materno compartió hasta el fondo la voluntad de Cristo de reunir en uno a todos los hijos de Dios dispersos (Jn 11, 52). Habiendo sufrido por la Iglesia, María mereció convertirse en la Madre de todos los discípulos de su Hijo, la Madre de su unidad»²⁰, que es unidad familiar.

4. LA MATERNIDAD DE MARIA AL SERVICIO DE LA PATERNIDAD DE DIOS

Un único bautismo nos hace hijos de Dios e hijos de la Virgen. Un sólo bautismo da origen a una familia que tiene a Dios por Padre y a María por Madre. Evidentemente, la maternidad de María no

²⁰ 'Alocución del 11-V-1983 en la Audiencia General', n. 3b, DP 139, p. 158.

puede ser equiparada a la paternidad de Dios, sino que depende totalmente de esta paternidad y está a su servicio.

La familia de Dios, que es la Iglesia, se compone de hombres, los cuales necesitan recursos humanos para descubrir y asimilar la índole familiar de su nueva condición. Y para esto precisamente es para lo que nos ayuda la Virgen. En el orden humano es impensable una familia sin la acción de una madre. Este hecho condiciona de tal modo al hombre que ciertas realidades del orden de la gracia no llegará a descubrirlas en su plenitud, si no es a través de la idea y de las funciones de madre. La Iglesia es una familia en la que todo procede de un Padre, de Dios; pero este Padre ha querido dar a los hombres en el orden de la gracia una Madre, cuya función primordial consiste precisamente en hacernos descubrir más fácilmente y más profundamente las riquezas de la paternidad divina.

Maternidad de la Virgen y paternidad de Dios no son conceptos contrapuestos ni realidades antagónicas que tienden a limitarse o excluirse mutuamente. Tampoco son misterios paralelos o simplemente yuxtapuestos. Están coordinados entre sí, de manera que mediante la maternidad de la Virgen nuestro Padre Dios ha querido ofrecernos una nueva posibilidad de conocer mejor su paternidad divina, sobre todo en sus contenidos de condescendencia, de bondad, de ternura, de misericordia.

Juan Pablo II propone muy a menudo estas ideas. María —dice— «infunde en el misterio de la redención la característica del amor materno», pero un amor que está completamente al servicio del amor de Dios. En efecto, «el eterno amor del Padre, manifestado en la historia de la salvación mediante su Hijo (...), se acerca a cada uno de nosotros por medio de esta Madre y así adquiere signos más comprensibles y accesibles a cada hombre»²¹. El amor de Dios «tiene características maternas y, a semejanza de una madre, sigue a cada uno de sus hijos, a toda oveja extraviada» y, para hacerse efectivo, quiere servirse de María, sabiendo que los hombres «aceptan fácilmente al amor misericordioso de parte de una Madre»²².

«La presencia de una Madre en la vida de la gracia es fuente de consuelo y alegría. En el rostro materno de María los cristianos reconocen una expresión particularísima del amor misericordioso de Dios, que, con la mediación de una presencia materna, hace comprender mejor su propia solicitud y bondad de Padre. María aparece como Aquella que atrae a los pecadores y les revela, con su simpatía e indulgencia, el don divino de la reconciliación»²³.

Pero el pasaje más representativo del pensamiento de Juan Pablo II a este respecto creo que es el siguiente: «En el nacimiento de la Iglesia participa de modo especial Aquella a quien debemos el

²¹ *Redemptor hominis*, n. 22d-e.

²² *Dives in misericordia*, 15c y 9e.

²³ 'Alocución del 11-V-1983 en la Audiencia General', n. 3a, DP 139, p. 158.

nacimiento de Cristo (...). De hecho, la paternidad santísima de Dios, en su economía salvífica, se ha servido de la maternidad virginal de su humilde esclava para realizar en los hijos del hombre la obra del Autor divino»²⁴. Por último, recordemos una gran sentencia de *Puebla*. María —dice— «es presencia sacramental de los rasgos maternos de Dios»²⁵.

Sólo por la mediación de María podemos comprender plenamente, en cuanto ello es posible, el exceso de «condescendencia» que informa toda la providencia de Dios para con la humanidad. Según la constante tradición de la Iglesia esta «condescendencia» se nos muestra de modo supremo en la encarnación del Verbo²⁶, pero a condición de que la entendamos en toda su concreción histórica, o en cuanto que se realizó por vía de nacimiento humano, sirviéndose de la maternidad de María. Desligar la encarnación de la maternidad entraña forzosamente el riesgo de cortar sus raíces históricas y abrir la puerta a teorizaciones inconsistentes que terminarán siempre deformando el misterio mismo de la encarnación. María está siempre unida a Cristo, el cual por pura gracia, pero realmente, la introdujo en el centro del plan de salvación. Este plan pasa por María, y sin María nunca podremos comprenderlo y acogerlo plenamente.

VII.—LA ACCION MARIANA EN LA EUCARISTIA

En la antigua tradición de la Iglesia hay, por lo menos, dos puntos de referencia muy seguros para conectar el misterio de la Virgen con la eucaristía. Uno es indirecto y me limitaré a indicarlo. La conversión eucarística se realiza por el mismo Espíritu que en la plenitud de los tiempos descendió sobre la Virgen para que concibiera al Hijo de Dios. Esta acción del Espíritu Santo nos hace ver la eucaristía como una cierta prolongación de la encarnación y, por consiguiente, vinculada de algún modo con la persona y la obra de la Virgen²⁷.

Pero mucho más importante y más desarrollado es otro tema, el de la identidad entre el cuerpo formado en el seno de la Virgen, el cuerpo que fue clavado en la cruz y el cuerpo que se hace presente en la eucaristía. Juan Pablo II dedicó una de sus alocuciones dominicales a reflexionar sobre el cuerpo nacido de María y el cuerpo eucarístico.

Pero antes de exponer su pensamiento, conviene indicar las diversas modalidades que se distinguen en la eucaristía para captar

²⁴ 'Homilía del 4-VI-1979 en Czestochowa', n. 4, en *Enseñanzas al pueblo de Dios*, t. 3 (1979) 217-18.

²⁵ *Puebla*, 291.

²⁶ El Concilio Vaticano II recoge esta tradición en DV 13.

²⁷ Algunas ideas relacionadas con este punto pueden verse en Juan Pablo II, 'Alocución del 3-V-1981', en *Enseñanzas al Pueblo de Dios*, t. 9 (1981) 49-50.

con mayor plenitud el contenido mariano del misterio eucarístico. La eucaristía es sacrificio, es sacramento y es presencia permanente en las partículas que se reservan en el tabernáculo. En cuanto sacrificio, su primera referencia se dirige a Dios a quien es ofrecido como acto de adoración, de acción de gracias, de impetración y de expiación. En cuanto sacramento dice orden, en primer término, a nosotros que lo recibimos por la comunión para identificarnos con el Señor. Y la presencia permanente reclama sobre todo nuestra adorante y suplicante compañía.

De estas tres modalidades, la primaria es la de sacrificio. Cristo se hace presente en cuanto víctima que reactualiza el sacrificio de la cruz para salvación universal. Es evidentemente esta modalidad la que más destaca en las palabras de la institución y en el «comentario» eucarístico de San Pablo. En la comunión recibimos el cuerpo y la sangre del Señor en cuanto cuerpo entregado y sangre derramada, o sea, en cuanto víctima del sacrificio. Y la presencia permanente dice también orden al sacrificio, puesto que Cristo «está allí como memoria de su sacrificio y de su pasión»²⁸.

1. LA EUCHARISTIA EN CUANTO SACRIFICIO Y LA VIRGEN

El importante pasaje de Juan Pablo II, de que voy a ocuparme, se refiere a la presencia de la Virgen en la eucaristía bajo la modalidad de sacrificio. El cuerpo y la sangre del Señor —dice— «que después de la consagración están presentes en el altar y son ofrecidos al Padre (...) conservan su original procedencia de María. Ella ha preparado esa carne y esa sangre, antes de ofrecérselas al Verbo como don de toda la familia humana, para que El se revistiese de ellos convirtiéndose en nuestro redentor, sumo sacerdote y víctima. En la raíz de la eucaristía está, pues, la vida virginal y materna de María, su desbordante experiencia de Dios (...). Y si el cuerpo que nosotros comemos y la sangre que bebemos son el don inestimable del Señor resucitado para nosotros viadores, llevan también consigo, como pan fragante, el sabor y el perfume de la Virgen Madre (...). Cristo realizó sobre el altar de la cruz el sacrificio único y perfecto, que cada misa renueva y hace actual de manera incruenta. En ese único sacrificio tomó parte activa María, la primera redimida. La Madre de la Iglesia. Estuvo al lado del crucificado, sufriendo profundamente con su Unigénito; se asoció con espíritu materno a su sacrificio; consintió con amor en su inmolación; lo ofreció y se ofreció Ella misma al Padre. Cada eucaristía es memorial de este sacrificio

²⁸ Pío XII, 'Alocución del 29-IX-1956 a los participantes en el Congreso Litúrgico Internacional de Asís', AAS 48 (1956) 722. Un documento que expone y coordina bien las diversas modalidades de la eucaristía es la Instrucción *Eucharisticum mysterium* publicada el 25-V-1967 por el Consilium para la aplicación de la Constitución conciliar sobre liturgia y por la que entonces era Congregación de Ritos; puede verse en AAS 594 (1967) 539-73.

y de la pascua que volvió a dar vida al mundo; cada misa nos pone en comunicación íntima con Ella, la Madre, cuyo sacrificio vuelve a hacerse presente, como vuelve a hacerse presente el sacrificio del Hijo en las palabras de la consagración del pan y del vino pronunciadas por el sacerdote»²⁹.

Este denso texto contiene algunas ideas que es preciso explicitar. La primera es que Cristo vivió los misterios realizados en su humanidad, concretamente su sacrificio cruento, no sólo como hombre, sino determinadamente como Hijo: Hijo de María de quien recibió aquella humanidad. El cuerpo inmolado —dice el Papa— conserva su original procedencia de María. Lo cual implica que la maternidad de María se convierte en un elemento «asumido» por Cristo, para hacerlo operante en todo el proceso salvífico. Cristo nos salva en cuanto Hijo del Padre y en cuanto Hijo de la Madre. Si se corta la referencia a la Madre en uno cualquiera de los misterios de Cristo, por ejemplo, en el de su inmolación cruenta, ese misterio sufre mutilación y deformación. No se trata de que la Virgen se «entrometa» en los misterios de Cristo, sino que Cristo quiso que su condición de Hijo de María fuese un principio activo de la totalidad de la salvación que El nos trajo.

Es decir, la cooperación de María a la salvación no es, en el fondo, algo que la Virgen ofrece por su sola iniciativa, sino más bien, algo que Jesús toma de Ella para insertarlo en su propia obra. Claro que Jesús no lo toma de manera violenta. Se presupone siempre que la Virgen actúa voluntaria y libremente; pero presta su cooperación en obediencia a una intención de Cristo que quiere asociarla consigo. Para decirlo de una vez, encarnación del Verbo y maternidad divina de María caen bajo un mismo decreto predestinante no sólo en el momento histórico inicial, sino también en todos sus desarrollos posteriores.

Otra idea importante, ya indicada anteriormente, es que la cooperación de María en la constitución o contenido del misterio pascual, no como simple presencia o asistencia de alguien que mira hacia este misterio desde afuera, sino como una realidad intrínseca de este misterio mismo. Y creo que merece la pena insistir en esta idea, porque el misterio pascual se expresado siempre en términos exclusivamente cristológicos, sin hacer mención de la Virgen.

Por fin, la tercera idea. Puesto que en el sacrificio de la cruz hay una participación mariana que le pertenece intrínsecamente, cada vez que por la eucaristía se renueva aquel sacrificio «vuelve a hacerse presente» el sacrificio de la Madre en cuanto inmerso en el del Hijo y parte del de el Hijo. Así como no se puede comprender el misterio pascual prescindiendo de María, así tampoco, si se prescinde de Ella, es posible comprender el sacrificio eucarístico.

Las conexiones, por tanto, entre la Virgen y la eucaristía como

²⁹ 'Alocución del 5-VI-1983 a la hora del *Angelus*', DP 18, p. 187-88.

sacrificio no son periféricas o superficiales, sino intrínsecas y profundas. En ellas se muestra de modo intuitivo que Cristo y la Virgen son un solo principio de salvación, puesto que la eucaristía en particular hace presente toda la obra de la redención³⁰.

* * *

Hasta aquí me he inspirado en el pasaje transcrito de Juan Pablo II. Pero el tema puede ser esclarecido también desde otras perspectivas que el Papa no toca. Hablar del sacrificio, ya se piense en el de la cruz, ya en el eucarístico, es hablar de Cristo sacerdote. Ahora bien, el sacerdocio es la modalidad y suprema bajo la cual Cristo ejerce su misión de ser cabeza y redentor de los hombres. Si la maternidad sobre el redentor es una maternidad redentiva, o sea atraída hacia la obra de la redención y asociada a ella, será preciso afirmar sin temor y sin reservas que la maternidad sobre el sacerdote del mundo es una maternidad sacerdotal. Lo cual implica que la asociación de María a Cristo en la obra de la redención es una asociación sacerdotal, porque la redención misma se realiza sobre todo por vía de sacerdocio³¹. Ahora, en la renovación eucarística de la redención, donde Cristo sigue siendo el sacerdote principal, María continúa prestando una cooperación que está cualificada también sacerdotalmente, porque es Cristo quien la atrae hacia sí mismo para el cumplimiento de una obra específicamente sacerdotal.

De aquí se siguen algunas consecuencias importantes. Si en el sacrificio de la cruz y en el eucarístico interviene activamente una asociación de María que Cristo asume; es decir, si este único sacrificio debe ser definido como cristiano-mariano, creo que hay que admitir que «los sacerdotes ministeriales, en su dependencia esencial y en su representación de Cristo sacerdote, dependen también proporcionalmente de María (...). Cristo sacerdote actúa, asociando a su Madre, a través de los signos ministeriales. Este doble efecto de una misma acción de Cristo (a través del ministro y asociado a su Madre) queda asociado esencialmente»³².

Pablo VI, al proclamar a María *Madre de la Iglesia*, especificó que su maternidad recae sobre los fieles y sobre los pastores. «Proclamamos —dice— a la Santísima Virgen Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores (...), María, pues, como Madre de Cristo, es Madre también de los fieles y de todos los pastores, es decir, de la Iglesia»³³.

30 *Aperite portas Redemptori*, 3b, DP 12, p. 13.

31 Sobre todo lo relacionado con la índole sacerdotal de la asociación de María a Cristo, véase el extenso y documentado artículo del P. M. Llamera, OP, 'La Virgen María agente del culto cristiano', en *Teología Espiritual* 21 (1977) 7-63.

32 M. Llamera, OP, 'La Virgen...'; 52.

33 Pablo VI, 'Alocución del 21-XI-1964 en la promulgación de la Constitución *Lumen Gentium*'.

Por el momento fijémonos en los pastores que son ministros de la eucaristía, o sea, en los obispos y presbíteros. Así como Cristo ejerce de modo supremo su sacerdocio en la cruz y en la eucaristía, así también la Virgen actualiza las virtualidades sacerdotales de su maternidad sobre todo a través del sacrificio de la cruz y de su renovación eucarística. El Vaticano II dijo que la Virgen actúa «atraiendo a los fieles hacia su Hijo y hacia su sacrificio»³⁴. Y aunque el Concilio se refiere expresamente al sólo sacrificio de la cruz, su aserto vale igualmente para el de la eucaristía. La Virgen atrae hacia el sacrificio eucarístico, porque es el centro de la vida cristiana y donde Ella misma ejerce su maternidad del modo más perfecto, respecto de todos los cristianos, pero particularmente en relación con los ministros del sacrificio. De aquí se sigue para estos ministros, que es en la celebración de la eucaristía donde deben vivir al máximo «su privilegiada filiación mariana»³⁵.

* * *

Una nueva perspectiva, cuyo fondo doctrinal está contenido básicamente en lo ya dicho, pero que conviene desarrollar un poco, es la que parte del hecho de la educación humana de Jesús por María. Ante Cristo la Virgen es sobre todo discípula, la primera y la más aventajada. Pero, en relación con Cristo, María fue también maestra, educadora o formadora. Sin la educación, la maternidad de María estaría mutilada, cosa que no se puede aceptar. María —dice Juan Pablo II— «por una vocación singular vio a su Hijo Jesús crecer en sabiduría, edad y gracia (Lc 2, 53). En su regazo y luego escuchándola a lo largo de la vida oculta en Nazaret, este Hijo, que era el unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad, ha sido formado por Ella en el conocimiento humano de las Escrituras y de la historia del designio de Dios sobre su pueblo, en la adoración al Padre. Por otra parte, Ella ha sido la primera de sus discípulos (...); la primera, sobre todo, porque nadie ha sido enseñado por Dios con tanta profundidad»³⁶.

En el texto transcrito, Juan Pablo II no sólo afirma el hecho de la educación mariana de Jesús, sino que señala también algunos de los temas sobre los cuales recaía: conocimiento humano de las Escrituras, designio de Dios sobre el pueblo, adoración al Padre. Era una educación que no se limitaba a lo superficial; calaba en lo hondo de la psicología de Cristo, desarrollando en Él la actitud de adoración al Padre³⁷.

34 LG 65.

35 M. Llamera, OP, 'La Virgen...', 54.

36 *Catechesi tradendae*, n. 73.

37 Sobre la educación mariana de Jesús no hay apenas nada escrito. Podrá verse mi artículo 'Papel de María en la formación del corazón sacerdotal de Cristo', en *Teología del sacerdocio*, t. 16 (Burgos 1983); A. Javierre, 'María, Madre y Maestra', *Ephemerides Mariologicae* 30 (1980) 85-86.

La adoración de Cristo al Padre culmina en la cruz cuando se le ofrece en sacrificio como víctima absolutamente perfecta para salvar a todos los hombres. Lo cual quiere decir que la educación mariana de Jesús estaba totalmente finalizada por la cruz y orientada hacia ella; tendía a despertar y desarrollar en El la psicología de víctima redentora, a prepararlo para la inmolación cruenta.

No es fácil precisar qué conocimiento tenía la Virgen sobre el modo como Jesús había de terminar su vida terrena; ciertamente hay que admitir un desarrollo y un progreso de la conciencia de María en este punto, como, en general, respecto del entero misterio de la persona y de la obra de Jesús. Pero hay algo claro. Desde el comienzo de la vida de Jesús, la Virgen tenía conocimiento de su condición de Mesías, a cuyo servicio Ella se puso totalmente. Pensar las cosas de otro modo es violentar los textos claros de la Sagrada Escritura y dar por supuesto gratuitamente que en las relaciones entre María y Jesús dejó de cumplirse un principio clave de la providencia divina, a saber, que Dios prepara a las personas para la misión que les confía. Sería intolerable pensar que este principio dejó de cumplirse precisamente en la Virgen, asociada como Madre al Hijo en quien se revela y en quien se encarna la plenitud de la providencia divina.

La Virgen, por sus enseñanzas, por sus conversaciones, por la totalidad de su comportamiento, contribuyó positivamente a desarrollar en Jesús la psicología de quien se sabe destinado a sufrir la muerte de cruz para redención de la humanidad. La educación dada por la Madre fue coherente con la misión del Hijo, porque estaba al servicio de esta misión y era exigida por ella. La Virgen, conociendo la superior misión de su Hijo, se le entregaba con todo su ser y, al mismo tiempo, esta entrega total representaba su máxima contribución a la educación de Jesús.

Y ahora vengamos a la conclusión implicada en el precedente razonamiento. Jesucristo salva a los hombres sobre todo por su inmolación en la cruz; pero esta inmolación lleva consigo todo el contenido de la educación que El recibió de María y que estaba precisamente ordenada a prepararlo para el sacrificio redentor. En la cruz está Cristo. Pero no un Cristo «abstracto», que nunca existió, sino el verdadero, el que fue educado por María con vistas a la cruz, el que, por tanto, hace subir consigo a la cruz toda la cooperación de la Virgen. En otras palabras, la obra educativa de María, está íntegramente contenida en el sacrificio redentor de Cristo.

Desde luego, Cristo salva a los hombres por sí mismo, por su propia inmolación, por el sacrificio cruento que ofreció en la cruz. Pero en este sacrificio que El y sólo El realizó, están incluidos bienes que El tomó de su Madre, porque así lo quiso libremente. El pudo haber hecho las cosas de otro modo; sin embargo las hizo así y nosotros debemos reconocerlo, si queremos, como es nuestro deber, aceptar la totalidad de su obra. Todo ello exalta la participación de

María en el sacrificio redentor y muestra que ocupa un lugar verdaderamente esencial. Es Cristo mismo quien lo asignó.

Al exaltar la función salvífica de María, en realidad no se hace más que recobrar para la obra de la redención bienes y valores notoriamente preteridos por la teología. Me refiero particularmente a los bienes salvíficos dimanantes de la sensibilidad o del amor sensible de Cristo, que estuvieron siempre al servicio de la redención y que eran también los que de manera más directa recibían el influjo de la acción educativa de María, la cual, como toda educación humana, tenía que partir de lo sensible. Santo Tomás habló de las «pasiones» de Cristo, integrándolas en el misterio de salvación³⁸.

La doctrina sobre el Corazón de Jesús, seriamente entendida, es un medio excelente para integrar todos estos bienes en el misterio de la redención, como lo muestra luminosamente la encíclica *Haurietis aquas* de Pío XII. Muchos teólogos actuales, por razones poco fundadas, no quieren tomar en cuenta nada que se refiera al Corazón de Jesús. Ello acrecienta la urgencia que recae sobre la teología mariana de asegurar la plenitud de contenido al misterio de la redención, recuperando en la teoría y en la práctica, el valor salvífico de todo lo que afecta a la sensibilidad de Cristo, sin derivar hacia lo que se podría llamar «sensiblería».

Esta recuperación es, a su vez, la base para descubrir el valor teológico de la expresividad humana de orden religioso, que tiene su clima en la liturgia. Nuestra sensibilidad cae también bajo la redención de Cristo y sirve para proclamarla y difundirla por el mundo. Pero nada de esto sería posible ni comprensible, si la sensibilidad de Cristo no hubiera tenido una función activa en el momento original de la salvación, sobre todo en la muerte de Jesús, que es su centro. Hablar de sensibilidad y de amor sensible de Cristo, considerándolos como principios activos de salvación para el mundo entero, no tiene nada que ver con sentimentalismos vacíos. Es sencillamente una consecuencia elemental de creer que el Hijo de Dios nos salva con todo su ser humano y con todos los actos de su vida humana, pues precisamente para salvarnos tomó nuestra naturaleza. Hoy se oye hablar mucho de enfoque histórico de la cristología. Pero luego, con gran frecuencia, se cortan las raíces mediante las cuales Cristo y su obra se insertan en la historia real de los hombres. Indudablemente la sensibilidad y las «pasiones» que en ella se asientan deben ser contadas entre tales raíces. La presencia de la Virgen será siempre una garantía para captar y valorar debidamente todo lo que se refiere a las raíces históricas del misterio de Cristo.

³⁸ Cf. *Summa theol.* III, cuestiones 14 y 15. La extensión que Santo Tomás dedica al tema indica bien la importancia que le daba.

2. LA EUCARISTIA EN CUANTO SACRAMENTO Y LA VIRGEN

Este punto puede ser tratado brevemente. Pero hay que comenzar por una anotación importante. No se trata de establecer paralelismos entre la Virgen y el que comulga. Se intenta descubrir el *influjo causal* que la Virgen ejerce a través de la eucaristía en la vida de los fieles. El cristiano que comulga no se halla en una posición paralela a la de la Virgen, sino que está subordinado a Ella y sometido a su acción.

El modo como esto se realiza está precontenido en lo dicho anteriormente. La comunión eucarística consiste en recibir la víctima inmolada en el sacrificio. Si Cristo, que es víctima, incluye en su sacrificio toda la cooperación de María, cuando El se da en la comunión se da de ese modo preciso y no de otro. Una comunión en que no actúe María y en la que no se participe su influjo salvífico es imposible, porque, en última instancia, conduciría a una verdadera contradicción, esto es, a pensar que Cristo, al darse en alimento por la comunión, deja de ser el mismo que como víctima se inmoló en el sacrificio. La identidad entre víctima inmolada y alimento recibido asegura el influjo de María en la comunión contra cualquier tentativa de disociación que el hombre quiera introducir.

María ejerce su influjo por gracia de Jesús. Pero se trata de una gracia no nueva, sino de la que va implicada en el hecho de que Jesús quiso asociarla a su propio sacrificio. Evidentemente, decir que María cumple una función por gracia de Jesús es cosa bien distinta de pensar que no la cumple. Está muy bien poner siempre de manifiesto la pequeñez y debilidad de María ante la grandeza y la omnipotencia de Jesús. Sin embargo, al hacer esta comparación, hay que guardarse de presuponer que la omnipotencia de Jesús no puede exaltar la pequeñez de María, su Madre, porque semejante presuposición sería, entre otras cosas, una manera bien extraña de entender la omnipotencia de Jesús.

La eucaristía, por ser centro y cima de la vida cristiana en general, lo es análogicamente de la vida mariana, en el doble sentido de que la Virgen ejerce con la máxima plenitud su influjo salvífico sobre nosotros mediante la eucaristía y de que nosotros lo encontramos a Ella sobre todo en la celebración y adoración eucarísticas. Creo que es importante destacar esta profunda integración entre lo mariano y lo eucarístico para no crear conflictos prácticos que no debieran existir. Durante los últimos años se ha repetido muchas veces que no tiene sentido, por ejemplo, rezar el rosario ante el Santísimo expuesto. Personalmente pienso que este juicio no es exacto, porque los misterios del rosario nos adentran en la historia salvífica real y, sobre todo, siendo la presencia permanente de Cristo en la eucaristía «una memoria de su sacrificio y de su pasión»³⁹, la Virgen

39 Documento citado en nota 28.

que estuvo presente al pie de la cruz, no puede carecer de puesto ni en el interior del tabernáculo ni al lado de la custodia cuando se hace la exposición.

3. MARIA Y EL CULTO EUCARISTICO

El final del punto anterior necesita un cierto desarrollo. Según hemos visto anteriormente, citando a Pablo VI en la *Marialis cultus*, al culto cristiano le es inherente o intrínseca una cualificación mariana, de modo que, si la Virgen no se hiciera presente, el culto a Cristo no podría ser pleno. Pues bien, del culto eucarístico hay que decir algo enteramente análogo: prescindiendo de la Virgen no puede ser completo.

En esta materia hay que partir de un hecho incontrovertible. En la eucaristía —sacrificio, sacramento, presencia permanente— Cristo es siempre el Hijo de María. Cuando surgieron las primeras negaciones de la real presencia de Cristo en la eucaristía, los teólogos insistieron fuertemente en la identidad entre el Cristo eucarístico y el Cristo histórico, el que nació de la Virgen, predicó, murió y resucitó. Ahora bien, Cristo como Hijo no puede menos de inspirar y de pedir amor a su Madre. La comunión eucarística, por ser recepción de Cristo, contiene un fuerte estímulo de amor a la Virgen y se convierte en momento privilegiado de experiencia típicamente mariana.

Este razonamiento elemental tiene amplia confirmación en los textos litúrgicos. En todas la plegarias litúrgicas se hace mención de la Virgen, la cual está igualmente presente en diversos himnos eucarísticos. Citemos solamente dos. En el *Pange lingua* de Santo Tomás se habla del cuerpo y de la sangre que, siendo *fruto de noble seno*, fueron ofrecidos por el rey de las naciones como precio de la salvación del mundo: «quem in mundi pretium fructus ventris generosi rex effudit gentium». Otro texto muy conocido es el *Ave verum corpus natum ex Maria Virgine*...⁴⁰

Al tratar de las relaciones entre Cristo y María, casi siempre nos limitamos a considerar el tema en el movimiento que va de la Virgen a Cristo: la Virgen es sierva y discípula de Cristo, nos remite a El, nos manda cumplir su palabra y hacer todo lo que El nos diga. Todo esto es muy exacto, pero incompleto. También Cristo remite a su Madre, quiere que la imitemos y la honremos. Aquí reaparece lo dicho al comienzo sobre la inversión del planteamiento del «problema mariano» por parte del reciente Magisterio. Clara muestra del vuelco dado al planteamiento son las siguientes palabras de Juan Pablo II en uno de sus diálogos. La devoción a la Virgen —dice— «se reafirma con mayor fuerza en aquel que avanza en el

40 Con las debidas adaptaciones se puede aplicar al tema de la presencia de la Virgen en el culto eucarístico lo que Pablo VI dice sobre su presencia en el culto en general (cf. *Marialis cultus*, n. 2-15).

misterio de Cristo, Verbo encarnado, y en el misterio trinitario de la salvación, que se centra en El. Incluso se puede decir que, a quien se esfuerza por conocerle y amarle, el propio Cristo le señala a su Madre, como hizo en el calvario con su discípulo Juan»⁴¹. Pablo VI lo había dicho con frase audaz pero rigurosamente exacta: «*Si queremos ser cristianos, debemos ser marianos*»⁴².

VIII.—LA ACCION DE MARIA EN LA VIDA CRISTIANA

Esta es la segunda parte del tema que me ha sido asignado. Ya no es posible entrar a fondo en ella. Pero creo que lo dicho a propósito del bautismo y de la eucaristía precontiene virtualmente todo lo que se pudiera decir aquí. La presencia bautismal y eucarística de la Virgen implica que Ella está presente en la *totalidad de la vida cristiana*, porque no hay aspecto alguno de ésta que no brote y dependa del bautismo y de la eucaristía.

A la Virgen la descubrimos y encontramos no sólo a través del organismo sacramental, sino también remontándonos al sumo misterio de la providencia de Dios. Como hemos visto anteriormente, en pasajes tomados de Juan Pablo II, «el amor del Padre se nos acerca a través de esta Madre» y «el Autor divino ha querido servirse de la maternidad virginal de su humilde esclava para realizar su propia obra en los hijos de los hombres»⁴³. Es decir, la Virgen está presente en todos los caminos de la providencia de Dios y, por consiguiente, no hay posibilidad de pensar en cosa alguna referente a la vida cristiana que no caiga bajo el influjo materno de María y o no lleve su «marca».

Pero quizá no baste afirmar de modo genérico el universal influjo de María en la vida cristiana. Hubo tiempos en que la universalidad, afirmada teóricamente, de hecho se concretaba en aplicaciones preferentemente individuales y hasta intimistas. Creo que necesitamos contemplar a la Virgen como a quien nos lanza con fuerza hacia lo hondo de los graves problemas de la Iglesia y de la humanidad. El Concilio Vaticano II impulsó decididamente en esta dirección, confiando a la intercesión de la Virgen problemas de tanta trascendencia como la unión de todos los pueblos en la Iglesia, la reunificación de los cristianos y la expansión misionera de la Iglesia a través de todo el mundo⁴⁴.

41 *¡No tengáis miedo!*, André Frossard dialoga con Juan Pablo II (Barcelona 1982) 131.

42 Pablo VI, 'Alocución del 24-IV-1970 en el santuario de la Virgen de Bonaria en Cagliari (Cerdeña)', en *Insegnamenti di Paolo VI*, t. 8, 361.

43 Ver notas 21 y 24.

44 Son las ideas que aparecen en el número conclusivo de la Constitución *Lumen Gentium* y de los Decretos *Orientalium Ecclesiarum* y *Ad gentes*.

Pablo VI recoge y amplía la orientación conciliar y quiere que la persona de la Virgen sirva para presentar los grandes temas del Concilio. El culto a María —dice— «debe estar impregnado de los grandes temas del mensaje cristiano, a fin de que los fieles, al mismo tiempo que veneran a quien es Trono de la Sabiduría, sean también ellos iluminados por la luz de la palabra divina e inducidos a obrar según los dictados de la Sabiduría encarnada»⁴⁵. Aquí habrá que reproducir todo lo que el mismo Pablo VI dice sobre el modo como la Virgen nos guía para afrontar debidamente los problemas socio-antropológicos de nuestro tiempo, anotando que ciertas dificultades modernas, surgidas desde el campo de la antropología, afectan no a la imagen propiamente evangélica de la Virgen, sino a la que va envuelta en ciertas connotaciones literarias y populares y caducadas⁴⁶.

Para lograr esta inserción de la Virgen en los grandes temas humanos y cristianos, creo que el punto de partida está dado básicamente por el título *Madre de la Iglesia*, entendiendo esta Iglesia tal y como el Concilio Vaticano II la presentó, o sea, como *sacramento universal de salvación*. Ante todo es de notar que el título *Madre de la Iglesia* no es restrictivo, sino sólo indicativo, es decir, no recorta la extensión o el ámbito en que esa maternidad se ejerce, sino que tan sólo indica el término o punto de referencia por orden al cual debe ser comprendida. Aquí ocurre algo enteramente análogo a lo que puede observarse con absoluta claridad en Cristo mismo. La Sagrada Escritura presenta a Cristo como *cabeza de la Iglesia*. ¿Significa esto que Cristo no tiene nada que ver con la humanidad que todavía no pertenece a la Iglesia? Creo que no es necesario detenerse en explicaciones. Cristo es el Salvador absolutamente universal y cabeza de toda la humanidad. Pero ejerce su función capital con la «intención» de atraer a los hombres a la Iglesia⁴⁷, porque es esta Iglesia donde su acción se despliega en plenitud.

Análogamente, la maternidad de María se extiende a todos los hombres, pero no en cuanto dispersos y aislados, sino con el fin de atraerlos a la Iglesia, que es donde Ella ejerce su maternidad en plenitud. La Virgen, por haber colaborado con Cristo a la salvación de todos los hombres es propiamente Madre de todos. El Vaticano II señaló claramente las «secuencias» de la maternidad mariana. María es Madre de Dios, Madre de Cristo y Madre de los *hombres, especialmente de los fieles*⁴⁸. Todos los hombres caen bajo su maternidad, la cual, sin embargo, se ejerce *especialmente* en relación con *los fieles* por el hecho de que estos pertenecen ya a la Iglesia. El giro de la frase conciliar está inspirado en aquella sentencia bíblica, donde se

45 Pablo VI, *Marialis cultus*, n. 30 al fin.

46 Cf. *Marialis cultus*, n. 34-37.

47 Cf. LG 48b.

48 LG 54.

dice que Dios «es salvador de todos los hombres, particularmente de los que creen» (1 Tim 4, 10).

La proyección universal de la maternidad de María es tema desarrollado frecuentemente por Juan Pablo II. De un vasto magisterio al respecto baste recordar un documento particularmente significativo. Dirigiéndose a María, dice: «*Oh Madre de los hombres y de los pueblos*, Tú que conoces todos sus sufrimientos y esperanzas, Tú que sientes maternalmente todas las luchas entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas que invaden *el mundo contemporáneo*, acoge nuestro grito que, movidos por el Espíritu Santo, elevamos directamente a tú corazón; abraza con amor de Madre y de sierva del Señor este *mundo humano nuestro*, que te confiamos y te consagramos llenos de inquietud por la *suerte terrena y eterna de los hombres y de los pueblos* (...). Al consagrarte, oh Madre, *el mundo, todos los hombres y pueblos*, te confiamos también la misma consagración del mundo, poniéndolo en tu corazón maternal»⁴⁹.

Aquí queda perfectamente definido uno de los aspectos que debe revestir la piedad mariana hoy: hacer experimentar «la preocupación por la *suerte terrena y eterna* de los hombres y de los pueblos». Todo un programa de vida comprometida al máximo. Entre los hombres existe una fraternidad universal, fundada en que todos tenemos un mismo Padre, el cual ha querido darnos a todos una misma Madre. Este Padre y esta Madre urgen fuertemente a trabajar para que la fraternidad no sea una palabra vacía, sino que se exprese hacia todos en la plenitud de su contenido. Y esto, lejos de permitir fáciles evasiones de comodidad, se convierte para todos en principio de la máxima exigencia.

María en la «nueva creación»

Por Ildefonso de la Inmaculada, OCD.

⁴⁹ Texto enviado a todos los obispos para la consagración del mundo a la Virgen (25-III-1984), n. 1 y 3 DP 29, p. 30.